

























de su padre (en mi casa nunca condujo nadie), radiante con su vestido de comunión y comiéndose un helado de vainilla. Una gota amarillenta cayó sobre el traje blanco. Su madre lo vio y no pasó nada.

Un mes más tarde, las monjas nos llevaron al salón de actos para ver el vídeo de la comunión. Si te gustabas en él te daban presupuesto para venderles una copia a los padres. Nosotros no teníamos reproductor VHS en casa pero tuve que asistir de todas formas. Durante unos segundos mi cara y mis manos aparecieron en el viejo televisor del colegio. Una monja se giró hacia mí y dijo: «Hubo gente que se portó muy mal». Yo no dije nada, tan solo me mordí el labio hasta notar el fluido familiar y caliente que calmó mi ansiedad mientras permanecí allí atrapada.